

Como citar este texto: Pecoraio, S., 2011. Habitando Atmósferas: tomando forma en el espacio de las ecologías, *V!RUS*, [online] June 5. Available at <<http://www.nomads.usp.br/virus/virus05/?sec=4&item=6&lang=es>> [Accessed dd Month yyyy].

Habitando atmósferas: tomando forma en el espacio de las ecologías

Simona Pecoraio

Simona Pecoraio é Arquiteta e Mestre em Arquitetura, pesquisadora do grupo de pesquisa OUT_Arquías, do Departamento de História, Teoria e Composição Arquitetônica da Universidade de Sevilha, Espanha, estuda a repercussão das mudanças sociais nos espaços urbanos e a cidade como formação imaginária popular.

Resumen

Con este ensayo se quiere realizar una captura del habitar, estableciendo la necesidad de situarnos en territorios intermedios, que desbordan las dicotomías inmunidad/comunidad, interior/exterior, público/privado, para reorientar las cuestiones espaciales hacia la relación que tienen con la capacidad de generar lugares y vivencias, recuperando una visión compleja del habitar que favorezca las interacciones sociales y la puesta en común de sus dispositivos de significación, en el espacio de las ecologías.

Habitaes, cohabitaes y deshabitaes, definirían las distintas aproximaciones al estar-en-el-mundo, y se usarán en plural en aras de abrir unas perspectivas que intenten posibilitar el reconocimiento de lo que no se puede percibir sin esta pluralidad, apostando por formulaciones que atiendan a las referencias del espacio de las ecologías, tratando de (poder) aprenderlo, no en su configuración física, ni en su condición ambiental, sino como modo de relacionarse, como posibilidad de interacción entre realidades, desbordando sus connotaciones físicas y atravesando sus connotaciones políticas, sociales y culturales.

Todo ello, podría contribuir a un tratamiento crítico de lo disciplinar desde claves de despliegue e interpretación, en un entendimiento de la arquitectura, que trascienda sus sentidos más próximos (sus productos), y buscándolo en otros más extensos (sus generatividades).

Palabras claves: habitar, forma, espacio, ecología(s).

1. Transiciones

Dice Michel Serres que:

Ahora todo cambia: las ciencias, sus métodos y sus inventos, la forma de transformar las cosas; las técnicas, es decir, el trabajo, su organización y el vínculo social que presupone o destruye; la familia y las escuelas, las oficinas y las fábricas; el cuerpo y la ciudad, las naciones y la política, el hábitat y los viajes, las fronteras, la riqueza y la miseria, la forma de hacer niños y de educarlos, la de hacer la guerra y de exterminarse, la violencia, el derecho, la muerte, los espectáculos. (Serres, 1995, p.11).

Y añade que "entre estas transformaciones, hay otra [...] relativa al saber y a la forma de adquirirlo" (Serres, 1995, p.13).

Las transformaciones actuales (no tanto en términos estructurales y productivos, sino de distintas espacialidades y temporalidades) de los modos de vida, necesitan atender a las referencias del espacio de las ecologías, tratando de (poder) aprenderlo, no en su configuración física, ni en su condición ambiental, sino como modo de relacionarse, como posibilidad de interacción entre realidades, cuyo centro es el hombre –"individuo, especie y sociedad" (Morin, 1999 [1977], p.22), es decir en su humanidad- en un espacio capaz de acompañarlo en todos los ámbitos de su estar-en-el-mundo.

En la sucesión de los cambios que se verifican, los elementos se funden y los términos individual, social, técnico, ambiental se compenetran en una visión integradora del habitar, resaltando sus interacciones y sus interdependencias, en el espacio de las ecologías, donde todos los eventos se relacionan, reconociendo la contemporánea condición existencial del hombre, que como dice Henry Focillon (1983 [1943], p.60): "no está encerrado en una definición eterna, sino que está abierto a los intercambios y a las influencias. Los grupos que va construyendo, deben menos a la fatalidad biológica que a la libertad de adaptación madurada [...] al trabajo constante de la cultura [...]". Una cultura que, como añade más adelante, "no para de pensarse a sí misma y de construirse" (Focillon, 1983 [1943], p.60).

"La contemporaneidad" según la define Giorgio Agamben (2006-2007) "es, pues, una relación singular con el propio tiempo, que adhiere a éste y, a la vez, toma su distancia", y contemporáneo, es "aquel que no coincide perfectamente con éste ni se adecua a sus pretensiones y es por ende, en ese sentido, inactual; pero, justamente por eso, a partir de ese alejamiento y ese anacronismo, es más capaz que los otros de percibir y aprehender su tiempo", para citar sólo una de las definiciones que el autor da del ser contemporáneo.

Pensarse en la contemporaneidad, significa, entonces, asumir el riesgo de su impredecibilidad, siendo posible sólo aproximar una definición del habitar, y no determinar su predefinición: la propuesta es considerar las variaciones en vez de los modelos únicos y los enfoques múltiples en vez que unidireccionales, considerando que el habitar necesita una actualización continua, con la cual la arquitectura activa transformaciones, proporcionando respuestas a cambios imprevisibles y a su(s) posible(s) desarrollo(s).

2. Aproximaciones

Una definición de la naturaleza es aquella que la considera como conjunto de todo lo que no ha sido alterado por el ser humano o que persiste a pesar de su intervención, y en principio implicaría una distinción entre lo natural y lo artificial, donde lo artificial se entendería como una modificación aportada por la intervención humana.

Pero en esta distinción no se tienen en cuenta dos factores: el primero consiste en no considerar que el hombre es parte del mismo conjunto natural -lo *real*- y en la interacción con ello se producirán cambios que se reflejarán no solo en su misma estructura y morfología sino también en sus interrelaciones; el segundo consiste en no considerar el conocimiento como acto con el que construimos el mundo en el que vivimos -la *realidad*- es decir no considerarlo como proceso en el que coinciden observador y objeto observado, donde cualquier modificación en esta relación tendrá repercusiones en sus componentes y, por consecuente, modificará todo el sistema. "Nuestra realidad no es otra que nuestra idea de la realidad", dice Morin (2001, p.83).

Sin embargo, es cierto que el ser humano se desarrolla en un entorno que podríamos llamar natural, y que en principio podríamos considerar que el medio físico proporciona los estímulos a los cuales cada organismo reacciona según sus características genéticas, y que a su vez la estructura física de los organismos se adapta al entorno, en un complejo sistema de retroalimentación entre el desarrollo biológico y los cambios ambientales.

Y es que lo biológico no se puede reducir a lo genético, ni lo cultural al contexto ambiental: la concepción de la interacción organismo-ambiente en el proceso de adaptación, se refiere también a la interacción pensamiento-cultura.

"Sería ridículo", según matizaría Bruno Latour (2003, p.33) "intentar mantener una interpretación genética del comportamiento humano lo más alejada posible de una moral, simbólica o fenomenológica".

Así es como lo explican Maturana y Pörksen:

La noción de la matriz biológica de la existencia humana, por lo tanto, no se refiere a algo supuestamente real trascendente, sino que al entendimiento de la trama operacional en que se da el existir humano como un vivir y convivir que lleva a la comprensión del vivir y del surgimiento de la comprensión de las coherencias operacionales del vivir humano que generan el cosmos como el ámbito operacional explicativo del vivir humano (Maturana y Pörksen, 2004, p.14).

Estar-en-el-mundo como búsqueda de las definiciones que nos permitan entender las variaciones de la realidad -caracterizada por cambios repentinos e imprevisibles-, donde el espacio no es delimitación, sino relación, donde el ser humano tiene la posibilidad de transformarse a sí mismo, estableciendo además nuevas formas de interacción con los otros individuos y con el espacio de las ecologías, porque "hacer nuestro ambiente y hacernos a

nosotros mismos, constituye [...] un proceso único”, según indica Tomás Maldonado (1972, p.14).

Cuando el ser humano se reconoce como sujeto del saber, que “surge en y por el movimiento reflexivo del pensamiento sobre el pensamiento”, como dice Edgar Morin (1999 [1977], p. 32), no representa la realidad que percibe, sino forma parte de un proceso de construcción de subjetividades -proceso abierto y en continua modificación-, que se funda en la interacción con el entorno y se articula al reconocimiento del “otro”, como sujeto que permite el reconocimiento del “yo”.

A la vez que la mente se adapta al entorno, generando pensamientos que existen en el espacio y en el tiempo, constituyéndose en redes que mantienen el equilibrio entre lo aprendido - desde el exterior- y lo entendido -en el interior-, el entorno a su vez aprende y se adapta proporcionando las variaciones a las que el pensamiento necesita reajustarse (la crisis ecológica es, en última análisis, una respuesta del medio ambiente a la acción humana).

Es decir, que el entorno tampoco se mantiene constante, ya que tiene la capacidad de asumir cambios, donde una misma interacción entre objeto y contexto, determina y modifica ambas formas, ya que no sólo el entorno afecta a los organismos, sino recibe influjos por parte de ellos, en un proceso que posibilita la recontextualización del objeto al cambiar las acciones de las fuerzas externas, y del entorno una vez que los organismos hayan reaccionado a dicho cambio, modificándolo a su vez.

Su significado puede estar delimitado por el entorno en el que se genera, pero el entorno en sí mismo es ilimitado, “en un universo físico, que conocemos a partir de nuestras percepciones y de nuestra representaciones”, para decirlo con Morin (1999 [1977], p.117).

3. Incorporaciones

Dice Peter Sloterdijk que:

Si hubiera que explicar de forma brevísima qué modificaciones ha producido el siglo XX en el ser-en-el-mundo humano, la información rezaría: ha desplegado, arquitectónica, estética, jurídicamente la existencia como estancia; o más simple: ha hecho explícito el habitar (Sloterdijk, 2006, p.383).

Realizada esta captura del habitar, reconocido como forma de estar-en-el-mundo, se establece la necesidad situarnos en los territorios intermedios, que desbordan de las dicotomías inmunidad/comunidad, interior/exterior, para reorientar las cuestiones espaciales hacia la relación que tienen con la capacidad de generar lugares y vivencias, recuperando una visión compleja del habitar que favorezca las interacciones sociales y la puesta en común de sus dispositivos de significación, en el espacio de las ecologías.

Este es un tema que necesita no solo una formulación desde un punto de vista y con fines teóricos, sino permite alcanzar las condiciones necesarias para llegar a la definición del espacio

de las ecologías, y finalmente tener los medios y las herramientas adecuadas para ser parte de ello y habitarlo.

A partir de estas consideraciones y desde la perspectiva que aporta el estudio del habitar a las (re)definiciones de la arquitectura hoy, se hace necesaria su comprensión dentro del espacio de las ecologías, entendido como una red de relaciones, como un despliegue de una serie de sistemas distintos que se conectan a través de los diversos factores que lo componen, donde la realidad se genera a partir de las múltiples y diversas interacciones entre fenómenos integrados en una dimensión espacial, y suponiendo, además, una dimensión temporal, como representación de un proceso de transformación, es decir de su composición y organización en el tiempo.

Por ello, ha de ser concretado el conjunto de sistemas que la componen, considerando que el espacio de las ecologías no puede ser adecuadamente estudiado si aislado del medio "físico" y del tiempo "histórico" en los que se genera y a los que se refieren nuestras consideraciones. Este criterio se basa en un enfoque ecológico del habitar, estableciendo una relación dinámica entre hombre y entorno, en la cual por un lado, el hombre se adapta constantemente y de forma activa, evolucionando el mismo y modificando su entorno; y por otro, el entorno determina variables que no solo producen cambios en el ambiente, sino que a través de la adaptación del hombre a tal indefinido número de situaciones, permite descripción y su reordenación.

Habitar. Primeridad, inmediatez, sensibilidad respecto al cuerpo

El cuerpo no surge como reacción a los fenómenos externos, sino a los pensamientos que el cerebro genera sobre estos. De hecho el cerebro no nace cargado del conocimiento del sí, pero si es dotado de las facultades para percibir la realidad y entrar en relación dinámica con ella, como ya hemos dicho, y cada experiencia vivida genera un mensaje, procesado por el cerebro, que en el caso de referirse a la sensación de uno mismo, se denomina "propioceptivo". Este sistema genera en cada cuerpo un proceso cognitivo que se externaliza como primer entorno habitado y el proceso habitativo del entorno se interioriza en cada cuerpo.

Así el cuerpo se genera en la manifestación de las capacidades que tiene el hombre de estar en la realidad -como resultado de una multiplicidad de estímulos-, y de habitarla, estableciendo su posición frente a todo aquello con lo que se relaciona. Permite al hombre dar sentido a los fenómenos que constituyen su vida, tejida con tramas de conexiones, cuya dinámica relacional es el resultado del hacer de su corporalidad. Es más, el cuerpo es la forma que tiene el ser humano de vivir estas relaciones.

Debemos a Gregory Bateson (1990 [1972], p.7) y a sus estudios sobre la Mente como fenómeno sistémico -"la Pauta que conecta"- unos de los primeros intentos de superar el

dualismo cartesiano cuerpo-mente, generando relaciones entre los fenómenos y los procesos que analiza, estableciendo nuevas conexiones entre ellos.

También Humberto Maturana dice que el ser humano no se compone de esta dualidad, sino al contrario vive de su relación:

Somos en cuerpo y relación lo que pensamos que somos, lo que queremos ser, lo que no queremos ser, lo que lamentamos no haber sido y lo que nuestra cultura es, tanto como lo que llegamos a ser al transformarnos en la reflexión sobre nuestro ser y vivir (Maturana, 2008 [1991], p.202).

El cuerpo, entonces, es la forma que el ser humano adquiere con el vivir, medio de su conocer y de su entender, centro de inteligencia, de energía e información, a través del cual puede reconocerse a sí mismo, y su existencia permanece gracias a la conservación de la vida a través del propio cuerpo, perdiendo, con la muerte, la forma de su corporeidad.

Todo lo que el hombre hace, de hecho, lo hace a partir de su corporalidad, como resultado de sus interacciones con "la realidad del ambiente humano" de la que habla Maldonado (1972, p.13), "la realidad concreta en la cual durante siglos hemos desplegado nuestros esfuerzos afanosos por vivir, convivir, sobrevivir", a partir de su interioridad y en su relación con el mundo.

"Y es el propio cuerpo", dice Josep Muntañola (2001, p.38) "a la vez social y físico, el único capaz de conseguir esta relación". Porque el ser humano es un ente social, y su cuerpo es la forma de la relación que vive con los otros, en su habitar el mundo, un modo de interactuar en con su los demás, en el vivir en ellos.

Maldonado (1972, p.23) dice que "nuestra realidad ambiental [...] es el resultado de lo que Vico habría definido como la capacidad de hacer": el hacer es un hecho humano, que se origina en el cuerpo, y que encuentra en la arquitectura uno de sus modos de realización.

"El cuerpo de uno depende de cómo vive uno la relación con los otros y consigo mismo", dice Maturana (2008 [1991], p.281). El cuerpo es la forma que surge de una experiencia siempre nueva, dentro de los grupos sociales.

Cohabitar. Donando sentido al espacio de las ecologías

El cuerpo y la arquitectura se desarrollan a la vez, generando un espacio "no existe sin cuerpos que lo definan", para decirlo con Muntañola (1996, p.24). Que añade que "si el cuerpo y el lugar son equivalentes, el cuerpo no está ni dentro ni fuera del lugar sino que es, representativamente hablando, el lugar en sí mismo" (Muntañola, 1996, p.81): el cuerpo y la arquitectura formalizan el habitar en la relación social.

El cuerpo entra en un entorno diferente, a través de la arquitectura y al interactuar con ella la transforma, transforma a la vez su propia naturaleza, afectando la propia corporalidad.

“Hoy, la herramienta -instrumento que une al ser humano y la naturaleza- es cada vez más hecha propia por el ser humano, absorbida en/por su acción”, dice Toni Negri (2000, p.47). Las transformaciones del cuerpo adquieren la herramienta como nueva facultad, que contribuye a perfeccionar la esencia del hombre, ampliando sus capacidades de interacción con el mundo, estableciendo un nuevo tipo de naturaleza, un segundo entorno adaptado a las nuevas necesidades del ser humano.

“Y en esta distinción, en este mirar nuestro fluir reflexivo en el continuo presente de nuestro convivir humano, vemos que las circunstancias de nuestro vivir también se transforman, y lo hace de manera congruente con nuestra propia transformación individual”, dicen Maturana y Pörksen (2004, p.13).

La arquitectura participa de la definición de la identidad del ser humano: es la resultante de los procesos de generación individual y social, resultado de las experiencias vividas y compartidas y, como el cuerpo, es un medio para exteriorizar el proceso cognitivo, expresión de su habitar, de su interacción con los otros seres humano, no solo en términos de espacio, sino también de tiempo, siendo la arquitectura el medio con el que el cuerpo permanece en la realidad, más allá de su muerte.

“[...] nos hemos trasladados, a sabienda o no, del ser al estar. Porque el estar a diferencia del ser, se somete a categorías y parámetros que nos son conocidos: tales el espacio y el tiempo”, según dice Juan Arnau (2000, p.71).

La arquitectura establece los límites para configurar un mundo que es ilimitado e indeterminado, volviéndolo habitable, y empieza a existir cuando delimita su espacio. Dice Serres (1995, p.39), “¿Qué es la vida? No lo sé. ¿Dónde mora? Al inventar el lugar, los seres vivos responden a esta pregunta”.

Ricoeur (2003, p.13) describe el espacio construido como “una especie de mezcla entre lugares de vida, que envuelven al cuerpo viviente, y un espacio geométrico en tres dimensiones en el que todos los puntos pueden pertenecer a cualquier lugar”.

Ahí es donde asumimos, juntos con Deleuze y Guattari (1994 [1988], 239 y ss.), que no se puede establecer un límite entre lo natural y lo artificial, puesto que entre ellos ya no hay diferencias, sino hibridación, y que como matizaría Maldonado (1972, p.14) “el modo particular en el que la conciencia se apropia de la realidad ambiental, influye decisivamente en la conformación última de esta realidad”.

De este modo, no se establece una realidad externa fija, sino en constante transformación, debida a una artificialización completa del medio, entretejida a la vida del hombre hasta desaparecer, con la que lo artificial se convierte en natural, recuperando el sentido original de la etimología griega “physis”, en cuanto “acción de hacer nacer”, en la que -una vez más- se considera el proceso que la ha generado, por un lado como acceso a su conocimiento y por el otro como proyecto del mundo.

En ella no existe una delimitación clara entre lo que el hombre recibe desde el exterior –donde la acción del entorno somete a los organismos- y lo que genera en su interior –donde su misma estructura interna le permite reaccionar al entorno, a través de un mecanismo regulador, y adecuarse a ello-, sino a partir de la interacción entre ambos factores pueden modificar las características propias de los dos.

Deshabituados. En el tránsito desde lo artificial hacia lo virtual

La arquitectura está experimentando esta misma metamorfosis: está buscando una definición, que le permita relacionarse activamente con las variaciones de la realidad -caracterizada por cambios repentinos e imprevisibles-, a través de la generación de un tercer entorno, la virtualidad, continuación de los entornos corporal y social, en el que la herramienta se ha entretelado en la vida del hombre, hasta desaparecer.

Aquí el espacio ya no es delimitación, sino compenetración de cuerpo, arquitectura e información, cuyos límites y confines mutan y se desdibujan, y es el hombre mismo que organiza las informaciones recibidas, siendo éstas configuraciones potenciales y cambiantes, que generan una serie indefinida de operaciones posibles, en un espacio a construir, donde cada uno fija el sentido del recorrido que quiere cumplir: el ser humano tiene la posibilidad de transformarse a sí mismo, estableciendo además nuevas formas de interacción con los otros individuos y con sus entornos.

El Diccionario de la Real Academia Española (2001) indica la *realidad virtual* como “representación de escenas o imágenes de objetos, producida por un sistema informático, que da la sensación de su existencia real”, relegando a lo *virtual* una posición de contraposición a lo real, “aparente y no real”.

Sin embargo, en el entorno virtual los sentidos recogen las informaciones generadas digitalmente, y las transmiten al cerebro que las procesa como reales: esto es lo que ocurre, según lo que hemos dicho en las páginas anteriores, cuando el ser humano activa su propia realidad, proyectando al exterior lo que ocurre en su interior.

Quizás sea por esto que Manuel Castells (1995, p.405 y ss.) -y nosotros con él-, habla de “virtualidad real”, restableciendo la íntima relación con el pensamiento -hibridación entre materia e información-, en su doble condición de real y virtual.

El reconocimiento de las informaciones no depende de las cualidades o las cantidades de éstas, sino de las capacidades interpretativas del ser humano, sujetas a las categorías de los modelos mentales, consecuencias de su historia y su cultura.

Sin embargo, tampoco podemos prescindir de las potencialidades que conlleva un espacio capaz de multiplicar las informaciones, en las relaciones sociales, porque “no sólo estamos ante nuevos medios que nos permiten lograr diversos fines, sino también ante un nuevo ámbito que define nuestra sociedad”, dice Echeverría (2001).

El conocimiento y la información (“comunicación del conocimiento”) son elementos decisivos en el desarrollo de las sociedades, y como afirma Castells:

La generación de conocimientos y el procesamiento de información son fuentes de valor y poder en la era de información [...] dependen de la innovación y de la capacidad de difundirla mediante redes que inducen a sinergias mediante el intercambio de información y conocimientos. (Castells, 1995, p.237).

Los cambios de los que hablamos, sin embargo, no sólo se refieren a los ámbitos informacional y comunicacional, sino que se repercuten también en los otros dos entornos -el cuerpo y la arquitectura-, volviéndose su extensión y su continuación. En ellos lo virtual y lo real existen a la vez, y se modifican mutuamente: lo real tiende hacia lo virtual, como exteriorización del pensamiento humano, y lo virtual tiende a lo real, reproduciendo sus categorías mentales, como extensión de lo real: el ser humano es un ser virtual, sus acciones urden una red de significaciones y potencialidades, crean un hipermundo a n dimensiones, constituido por el mundo de cada uno.

Lo virtual ofrece otro(s) punto(s) de vista desde los cuales mirar la realidad, con ellos el hombre por fin puede llegar a ser otro -*el otro*-, todos los otros o ninguno de ellos, “como si el hombre en general se situase en la intersección de todas las culturas, entre todos los humanos”, dice Serres (1995, p.31).

Puede reconstruir la experiencia de su existencia modificando la forma en la que percibe y se relaciona con objetos y espacios: “Las actividades sociales se desarrollan cada vez más por medio de estas nuevas tecnologías”, dice Echeverría (2001).

Dice Serres (1995, p.64) que “el desplazamiento modifica el espacio percibido” y lo virtual es también una nueva forma de movilidad, que favorece las comunicaciones y las relaciones al interior y al exterior, dando lugar a intercambios culturales y a pluralidades sociales, cambiando la percepción espacio-temporal de la realidad.

Lo virtual es un sistema a la vez cognitivo, interpretativo y comunicativo, donde personas, actividades, lugares, se relacionan a través del movimiento, que se caracteriza por su no-linealidad y por su discontinuidad y que posibilita la pertenencia simultánea de varios tipos de espacio, que permitan al hombre de orientarse en la cantidad de informaciones producidas, al servicio del hombre y capaces de entrar en interacción con él, para formar con él un sistema que pueda abrir nuevas perspectivas en un sistema dentro del cual los seres humanos interactúan con las informaciones que surgen de su activación y que a su vez modifican sus conocimiento y sus experiencias del habitar.

4. Apropiaciones

En esta recomposición de argumentos se quiere abrir una posibilidad de contaminación entre diferentes saberes, superando el concepto de arquitectura como tradición constructiva, ligada a sus técnicas y tecnologías -en el tránsito desde lo natural hacia lo artificial-, transformación

de nuestra cultura, de nuestras formas de relación y de nuestra historia, para centrarnos en una arquitectura hacia un nuevo tránsito -desde lo artificial hacia lo virtual-, que pueda confrontarse con los cambios continuos e imprevisibles de la realidad, que refleje su condición procesual, y donde la arquitectura puede llegar a perder su fisicidad y su materialidad, contribuyendo al desarrollo y a las transformaciones del habitar.

Estas serían las premisas de las transformaciones actuales, que requieren el rechazo de las disyunciones entre las distintas disciplinas, en la compleja trama de significados producidos, donde la arquitectura no se puede eximir de tomar su posición para responder a la satisfacción de los deseos y las necesidades del hombre, en el estar-en-el-mundo.

Referencias

Agamben, G., 2006-2007. *¿Qué es ser contemporáneo?* [online] Curso de filosofía, Instituto Universitario de Arquitectura de Venecia, 2006-2007. Disponible en:

<http://www.ddooss.org/articulos/textos/Giorgio_Agamben.htm> [Acesso en: 14 Abril 2011].

Arnau Amo, J., 2000. *72 voces para un diccionario de arquitectura teórica*. Madrid: Celeste.

Bateson, G., 1990. *Espíritu y naturaleza*. Buenos Aires: Amorrortu. 1ª edición en 1972.

Castells, M., 1995. *La era de la información: economía, cultura y sociedad: la sociedad red*. Madrid: Alianza.

Deleuze, G. y Guattari, F., 1994. *Mil mesetas*. Valencia: Pre-Textos. 1ª edición en 1988.

Diccionario de la Real Academia Española, 2001. Vigésima segunda edición. Disponible en: <<http://drae.rae.es>> [Acesso en: 14 Abril 2011].

Echeverría, J., 2001. Sociedad y nuevas tecnologías en el siglo XXI. En: *Conferencia de Javier Echeverría, filósofo y matemático*. Málaga, 17 Enero 2001. Disponible en: <<http://servicios.diariosur.es/fijas/aula/316.htm>> [Acesso en: 14 Abril 2011].

Focillon, H., 1983. *La vida de las formas y Elogio de la mano*. Madrid: Xarait. 1ª edición en 1943.

Latour, B., 2003. Atmosphère, atmosphère. En: O. Eliasson. *The weather project* (catálogo de la exposición homónima). Londres, New Tate Gallery.

Maldonado, T., 1972. *Ambiente humano e ideología: notas para una ecología crítica*. Buenos Aires: Nueva Visión.

Maturana, H., 2008. *El sentido de lo humano*. Santiago: Dolmen Ediciones S.A. 1ª edición en 1991.

Maturana, H. y Porsken, B., 2004. *Del ser al hacer*. Santiago: Comunicaciones Noreste Ltda.

Morin, E., 2001. *Los siete saberes necesarios para la educación del futuro*. Barcelona: Paidós, D.L.

Morin, E., 1999. *El método: La naturaleza de la naturaleza*. Madrid: Cátedra. 1ª edición en 1977.

Muntañola, J., 2001. Arquitectura y transhumanismo. En: Muntañola, J. (dir.). *Arquitectura y transhumanismo*. Barcelona: Edicions UPC.

Muntañola, J., 1996. *La arquitectura como lugar*. Barcelona: Edicions UPC.

Negri, T., 2000. *Arte y multitud: ocho cartas*. Madrid: Editorial Trotta.

Ricoeur, P., 2003. *Arquitectura y hermenéutica*. Barcelona: UPC.

Serres, M., 1995. *Atlas*. Madrid: Cátedra.

Sloterdijk, P., 2006. *Esferas III: espumas: esferología plural*. Madrid: Siruela.